

Santiago Montobbio

LA PALABRA DEL MAR

Un libro, unas cartas

Podría buscar el nombre y lo encontraría, porque no sé ahora, en la memoria, si es “Proa” o “Prisma”, pero da lo mismo, ya que lo que importa es la actitud y el hecho. Me refiero –con “Proa”, o “Prisma”- a la revista en que colaboraba Borges cuando muy joven publicó su primer libro de poemas, *Fervor de Buenos Aires*, que le pagó su padre, y en cómo se le ocurrió dejar en los bolsillos de los abrigos que había colgados en el perchero de la entrada de su redacción y que eran de sus colaboradores –escritores, o críticos literarios- un ejemplar de este primer libro, con el deseo y la esperanza de que así quizá alguno lo leyera. Encontraría el nombre de la revista, si lo buscara en su autobiografía, pero no voy a hacerlo, porque lo que importa es la actitud y el hecho, como decía, y la conciencia de fragilidad y desamparo que se tiene cuando se es tan joven y se publica un primer libro de modo precario. En enero de 1988, a mis veintiún años, y tras llevar varios años escribiendo de un modo tan silencioso como intenso, me decidí a enviar por correo una muestra de mi producción a algunas editoriales y unos poemas a la “Revista de Occidente”. Ante mi asombro, me llamaron de esta revista para anunciarme su publicación y para pedirme mis datos para pagarme. Estos “Tres poemas” que aparecieron en su número 84, de mayo de 1988, fueron mi primera publicación como poeta, y allí por tanto empecé mi trayectoria pública como tal, y así siempre me complazco en recordarlo. De mi envío por correo a editoriales resultó la aceptación y el acuerdo para publicar un libro en una colección de poesía, libro que tenía que ser breve por las características de la colección y para el que me dieron sesenta páginas, lo cual resultaba una dificultad para una obra ya extensa, pero preparé un conjunto que fuera representativo de, al menos, algunas líneas centrales de mi poesía, y que fuera a la vez y por sí mismo un libro, mi primer libro, que tenía que aparecer en 1988 y tras ciertas vicisitudes y una primera impresión y galeradas en esta ciudad a finales de ese año lo hizo en Madrid y en enero de 1989: *Hospital de Inocentes*. Yo no sabía quién iba a leer este libro, o quién iba a poder o querer leerlo, y aquí expreso este sentimiento de fragilidad y desamparo del poeta joven que publica un primer libro en una colección modesta y no sabe a quién puede interesarle leerlo, o va a comprarlo. Quizá a nadie, piensa. Es, ante todo, la timidez del principio y también el pudor y el desgarrar ante el que se asiste a que la intimidad, la vida íntima se haga pública, aunque sea con la limitación en su alcance que es propia de la poesía y un primer libro, y el asombro en sí mismo, y la duda de que ese arte, esa expresión tan personal de su vida, y de su vida interior, pueda compartirse e interesar, y también la conciencia de las dificultades que hay para ello, y entre ellas la de la deficiente distribución que suele caracterizar a una colección modesta de poesía. Con esta conciencia, y este temor, y a la vez con el deseo de que un primer libro sea lo que ha de ser, es decir, una salida al mundo y por tanto ser leído, lo fui metiendo en sobres y mandándolos a grandes escritores, con la esperanza de que alguno lo leyera. Fue una decisión que tomé por mí mismo, pero años después encontré en la autobiografía de Borges una actuación de algún modo semejante, y que vi nacía de una muy parecida conciencia, y que es como he dicho la de la fragilidad y el desamparo que se siente al publicar un primer libro, el deseo de que se lea y la conciencia de que es difícil que así se logre. El hecho es que muchos de estos grandes escritores contestaron al envío de mi libro, y lo hicieron con gran generosidad. Así que al aparecer mi poesía, ésta obtuvo este reconocimiento por

parte de personas cuya obra hace considerar que su entendimiento en arte es indiscutible, y por ello estos testimonios son tan valiosos, y son también espontáneos y sinceros, porque están escritos en respuesta al envío de un libro y tras leerlo y no como escrito formal, en los que tantas veces media el compromiso. Espontáneos, sinceros, y también inesperados, ya que constituyeron una sorpresa. Su generosa respuesta fue, sí, una sorpresa, y una alegría: es una gran satisfacción que escritores de esta categoría aprecien tu obra y respalden su calidad, por supuesto, pero diré más especialmente que te hace sentir que estos escritos testimonian la verdad que había en mi poesía, en su búsqueda, en su indagación. Son testimonios muy valiosos, y por diversas características, algunas que he señalado. También lo son en tanto que lectura de mi obra, pues son un conjunto de impresiones –cada una según su sensibilidad y juicio– muy verdaderas y que se complementan e incardinan y forman una glosa de especial valor sobre mi obra, unos comentarios e impresiones que de diversas maneras destacan la belleza, la fuerza y la hondura de mi poesía y que sería justo pensar que desde su aparición la acompañan. Testimonios de especial calidad y valor por sí mismos, y que acompañan a mi obra, pero que, como es obvio, es ésta quien los suscita: es decir, la obra es previa, ya está, y estos testimonios lo que hacen es glosar y refrendar una calidad y un valor que ella en sí misma ya tiene. Así hay que entenderlo.

Yo fui recibiendo estas cartas con asombro, alegría, agradecimiento y sobre todo naturalidad. Porque, como digo, van ligadas a mi obra, y de modo natural y espontáneo ella los producía. Y así las recibí yo. Estas cartas, increíble y también injustamente, no produjeron un resultado práctico, ni me abrieron las puertas de otros caminos editoriales que me permitieran dar a conocer más mi obra, pese al refrendo que de la misma ellas representaban, el reconocimiento que constituían. Pero no por ello estos grandes escritores habían dejado de escribirlas, ni de enviarme estos testimonios de aprecio, ni de ser grande su generosidad y su ánimo, y fina su penetración, su sensibilidad. Nunca así dejamos de considerarlo, como es, y mi padre, como hombre de letras y a la vez de Derecho, como abogado, pensó en protocolizarlas, lo cual implicaba una manera de protegerlas, de preservarlas de manera segura y volverlas indestructibles, ya que, si alguna se extraviaba, eso de modo sustantivo ya no importaba, pues un notario al protocolizarlas había dado fe de que las había visto y existían y así eran, y eso decían, y habría incorporado en su acta de protocolización una fotocopia de las mismas tras haberla compulsado con su original. Había en este pensamiento y decisión de mi padre un deseo de protección de estas cartas, pero era también una muestra de respeto hacia ellas, e iba unido e implicaba también, claro está, una conciencia de su importancia. Como abogado, como hombre de letras y de Derecho, pensó que era una manera de protegerlas, pero también de darles –y es lo que como hombre de Derecho y desde él, desde el Derecho y sus instrumentos podía hacer– la importancia que tenían, como me dijo, y nosotros no dejamos de sentir y saber, pese a que la industria de la cultura la ignorara, junto a mi obra, e hiciera ver que ambas –mi obra y los testimonios de aprecio que había suscitado– no existían. Por nuestra parte, o de la de mi padre –que lo ideó y preparó–, protocolizar estas cartas era una muestra de respeto hacia estos escritores y lo que habían escrito en sus cartas, lo que habían dicho en ellas y lo que habían hecho al decirlo. De consideración y de respeto, y de darles el valor y la importancia que tenían según el Derecho, y en sí mismas. Pero el Derecho permitía este instrumento. Fuimos a extender un acta de protocolización ante el notario Eladi Crehuet el 3 de junio de 1993, y al poco de salir de su notaría en la Rambla Cataluña, mi padre y yo íbamos juntos por el Paseo de Gracia. Yo llevaba las cartas en la mano, con sencillez y sin mucha protección, y nos separamos. Creo que yo iba ya a casa y él a otro sitio. Al separarnos,

mi padre me dijo con preocupación nacida de dentro y de modo espontáneo que tuviera cuidado con las cartas, y no las perdiera, para acto seguido y de modo también espontáneo, y con un gesto expresivo, añadir que ahora ya no importaba, no importaría. Era un gesto y unas palabras que señalaban la conciencia del deber cumplido y su significado. Porque las cartas, y desde ese acto, desde esa acta de protocolización, ya estaban por el Derecho al que se dedicaba como profesión resguardadas y protegidas, no podían ya perderse ni destruirse.

Como es obvio, para una cosa tan personal y decisiva para mi vida, fuimos a un notario al que mi padre respetaba y quería y que consideraba que iba a darle el valor que tenía y comprender su trascendencia de cultura, y podemos ver una prueba de ello en la invitación que tan gentilmente me ha hecho para estar hoy aquí y hablarles de mi poesía. Sería difícil encontrar una persona que pudiera invitarme a ello y que su invitación tuviera más sentido y significación, pues su vinculación a mi obra y su conocimiento de la misma es tan antiguo, y tan señalado, y por esta causa tiene una relación con ella yo diría que única, y desde luego privilegiada –pero sí, aún más única que privilegiada. Lo prefiero, y es más verdad. Es un hombre vinculado a la palabra por su profesión, por su trabajo, pero también por su sensibilidad. Persona de cultura, hombre de letras y de saber e intereses literarios y humanísticos profundos y diversos, y que honra así a su profesión, y la ejemplifica en su más completo y esperable y respetable sentido. Un hombre de Derecho es o puede ser un hombre de letras y de cultura, tantos hay y es habitual en la profesión, pero también resulta agradable encontrar un ejemplo que así lo muestra y representa.

París. Grecia

Al pensar en la invitación que para hablar de mi poesía me han brindado, recuerdo que en alguna ocasión he recibido una invitación semejante, y ya lejana, y que recibí con pareja alegría, también por considerar idóneo el lugar en que se me invitaba a hablar. Así, podría, puedo recordar que el 25 de marzo de 1999 realicé una intervención en la Maison de l'Europe de París titulada “Europa: un café nunca está lejos”, dentro de la mesa redonda a la que se me había invitado a participar y en la que lo hice con ella y el posterior coloquio y era “L'Europe vue par des écrivains”. Así hablé, como se me pedía, de Europa y de cómo la veía un escritor, de mi sentir como europeo y escritor, pero también por ello y necesariamente de mis inicios como tal, como escritor, que son muy significativamente también los de un europeo, de un escritor europeo. Así dije: “Jorge Guillén empieza a escribir poesía muy mayor, a los 25 años, y lo hace en París, mientras es lector de español. Cuenta que piensa así su atrevimiento: “¿poeta, tú, como Homero, como Horacio?”. Y aquí y así empieza una obra que va creciendo con igual título: *Aire nuestro*. Yo leo, a los catorce años, una antología preparada por Philip W. Silver, *Mientras el aire es nuestro*. Les hablo de memoria. Quizá no entiendo sus poemas, pero me gustan, y tengo la mayor consideración por sus temores y pensamientos. En Barcelona y no en París empiezo a juntar palabras con igual o mayor temor. Pero también con la convicción de amor que el cumplimiento de un destino exige. Dos años después tengo la insensatez y la paciencia de escribir tres trabajos extensos sobre estas materias: la filosofía en la poesía de Jorge Guillén, ciclos temáticos en las odas y en los épodos de Horacio y la generación de poetas neogriegos de 1930, que corresponde en España a la de 1927. Soy Europa también yo a esos dieciséis años escribiendo –porque me aburro o no tengo peor que hacer- de modo espontáneo poemas de los que ni me acuerdo ni quiero dejar de acordarme en griego clásico. Kérix de niktós: heraldo de la

noche. Europa es esta casa, y, como es la que tenemos, no se nos ocurriría –al menos por mi parte- darle ninguna importancia”. Estas palabras dan fe de mis lecturas formativas y el nacimiento de mi vocación, a la que van unidas, pero no de todas, y así hay significativas ausencias, y una para mí fundamental, que es la de los grandes poetas catalanes, aunque luego aparecerán con toda su trascendencia en mi vida de persona y de poeta más adelante en la intervención.

En estas palabras dichas en París y en las que hablo de los poetas neogriegos aparece luego alguna vez Seferis. He leído y me he formado también con Elytis y Ritsos, y los estimo en mucho, pero el más cercano a mi sentir es Seferis, y así lo he expresado alguna vez. Lo leí en mi adolescencia, y lo leí en catalán, en la versión que hizo de *Mithistòrima* Carles Miralles, libro unitario y espléndido y formado por 14 poemas, como los cantos de *La Odisea*, y al que puso un título mucho más acertado que el que le dio el traductor al castellano en su poesía completa y que era *Leyenda*. Aparecieron más tarde. Y en la adolescencia yo lo leí en catalán, leí en catalán a este poeta neogriego, que es una de mis lenguas, y al aparecer esas poesías completas lo conté en un poema, escrito a mis veinte años, titulado “Estratis el marinero es aquel que no está muerto” e incluido en el libro *El anarquista de las bengalas*, publicado en 2005, y que empieza así: “Aunque más pequeñito y ceniciento/ yo también soy Yorgos Seferis/ -es curioso ver cómo la sangre se renueva/ o se hacen carne algunas profecías:/ gracias a una amiga que aún me ayuda/ a mis inconcebibles dieciséis años/ leí suficientes veces *Mithistòrima*/ como para que sus versos fueran sangre/ en las mudas jaulas de la mía./ Y es curioso, sí, estremecedoramente extraño o curioso comprobar/ cómo hay algunas sabidurías que no terminan,/ pues acabo de comprar sus obras completas/ y ya sabía que no necesitaba ni abrirlas/ sino fuera porque da cierto gusto comprobar/ que efectivamente todo está/ tal y como uno lo suponía”. Así que refiere este suceso, en el que hay una verdad y una muestra y un ejemplo del cruce de culturas que nuestras tierras y lenguas forman. Estas palabras de la Maison de l’Europe de París las pronuncié en francés, y se publicaron en castellano en “Europe Plurilingue”, la revista de ARLE, la Association pour le Rayonnement des Langues Européennes, cuyo comité de honor presidía Simone Veil y organizó el acto. La publicaban las Éditions Université Paris 8. En 2003 se reprodujeron en “Cuadernos Cervantes de la Lengua Española”, en Madrid. Allí las encontró una investigadora de la Universidad de Oviedo, en la que realizaba, con la colaboración de la Universidad de Málaga, una tesis doctoral sobre las traducciones españolas de Seferis, y que me escribió al respecto para interesarse por diversas cuestiones y entre ellas por las versiones que había leído. Y respondía su pregunta sobre este extremo así, es decir, con la verdad: “Empecé a leerlo, sí, a los dieciséis años; leí muchas veces la versión catalana de *Mithistòrima*, de Carles Miralles, publicada por Quaderns Crema, la editorial de Barcelona. Era lo que entonces había de Seferis y pude leer. Luego leí la *Poesía completa* publicada en Alianza Tres. De hecho, dejé constancia de ello en el número de diciembre de 1987 de la revista “El Ciervo”. A los que habíamos hecho crítica durante el año, nos preguntaban qué libros nos habían interesado más a lo largo de éste. Es el número 442, Barcelona, Diciembre 1987”. La investigadora se interesó por este aspecto, y me preguntó por él de esta manera: “Parece que en España el interés por Seferis no se despierta hasta que se le concede el Nobel en 1963. Quizás inundados por las traducciones de Kavafis... pero resulta cuanto menos curioso que haya una presencia tan significativa de literatura neogriega traducida al catalán. De ello tuve ocasión de hablar con el propio Miralles y con Jesús Cabezas (que junto con Rubén Montañés publicó una delicadísima edición bilingüe de *Tres poemas secretos*, supongo que la conocerá), pero me gustaría saber su opinión. ¿A qué cree que se debe el interés

que despiertan la literatura neogriega en Cataluña, en contraste con el resto de España?”. La comunicación por correo electrónico es inmediata, casi un apunte, y no parece que sea el medio para elaborar reflexiones hondas o disquisiciones profundas, pero hay preguntas que exigen respuestas, aunque sean hechas y tengan que contestarse por este medio, y, de hecho, así puedo reproducir los párrafos que constituían mi respuesta a este respecto. Así que pongo dos puntos, abro comillas y transcribo: “Estaba la versión en catalán de Miralles, y las de Kavafis de Carles Riba, quien había traducido también a Homero, como sabe. Aquella queja de Cernuda, en que dice que la gran tragedia de la cultura española es que en España nunca se le ha dado a Grecia la importancia que tiene, quizá pueda matizarse en Cataluña. Hay estas traducciones catalanas de los poetas neohelenos, que le llaman la atención y por las que me pregunta, pero creo que se enmarcan y son continuación de un fenómeno y una actitud que arranca de más lejos. En concreto, del Noucentisme. Leería con claridad sus conceptos en el *Glosari* de Eugeni D’Ors: la ciudad, el Mediterráneo, la cultura clásica, la norma, el equilibrio, la serenidad, la perfección de las normas clásicas. Es decir, Grecia. Grecia como horizonte al que mirar y como nostalgia, como aspiración, como fuente. Como origen. Grecia y Catalunya hacia Grecia. Como sabe, el Noucentisme tuvo estos reflejos en pintura (el primer Torres García) y en literatura. El Noucentisme, a la vez, gobernó, en la Mancomunitat de Catalunya, y creó redes culturales –como la de bibliotecas– que empiezan entonces. Y, entre ellas, la colección Bernat Metge, financiada por un político, Cambó, hecha por afán de cultura y por patriotismo, para que los grandes clásicos estuvieran en catalán, y pudieran leerse en catalán, en versiones de alta calidad. Así que esta consideración hacia Grecia, y que Grecia ha de poder leerse en catalán, para que fecunde Cataluña, su cultura y su pensamiento, viene ya de lejos, y quizá este interés por los poetas neohelenos sea una prolongación de este interés, respeto y consideración ya antiguos. Y así Riba tradujo a Kavafis igual que a Homero.// Es, de hecho, un rasgo más entre los que diferencian la fuerte personalidad propia de Cataluña, que se da también en la cultura. Se da también, por ejemplo, el gran empeño de la Biblia de Montserrat, y en este campo habría también toda una actuación propia en catalán que comentar. Cataluña, también, ha mirado siempre a Francia, mucho más que el resto de España. La cultura francesa ha tenido aquí una presencia fundamental. Pla, de hecho, es un escritor francés, un tipo de escritor francés. Los pintores han mirado siempre a París, y la cultura toda, que ha vivido bajo la sombra de la francesa. No recuerdo cómo iba, pero de “El Ciervo”, por ejemplo, revista de Barcelona, se decía algo así como que era una revista escrita en castellano, hablada en catalán y pensada en francés. Y puede ejemplificar la convivencia de culturas que se da aquí. Quiero decir que este rasgo que me señala es uno más entre los que caracterizan la realidad catalana como singular, con una personalidad propia y distinta.//”. Cierro el paréntesis. Quiero decirles algo sobre lo que he transcrito, y también por qué lo he hecho de este modo, con la transcripción de mi respuesta. Y lo que quería decirles es que todo esto ya lo sabemos. Lo que digo en ese párrafo y les he leído, quiero decir. Lo sabemos y ya lo sé. Y también que podría decirse de un modo más completo y matizado, con más variedad de ejemplos o adentrándonos de un modo más profundo en algunos de los que allí he dado, pero es un ejemplo en su misma inmediatez este carteo, y he querido transcribirlo, porque tiene el valor que a veces puede tener una respuesta, y que a veces hay que dar.

Roma

En los inicios de mi vocación de poeta y en mis lecturas formativas como vemos está Grecia, pero a la vez Roma, como también lo está en mi país, de manera distintiva, en

Cataluña. En el último poema de este libro, *La poesía es un fondo de agua marina*, que es uno de los pocos que lleva título además de número, “Gerona, la lluvia y Federico”, García Lorca, el más célebre poeta del 27, se hace en él presente, o presencia, y se une a ella, a Gerona, y en él, en el poema se dice que Gerona “se ha limpiado y ha restituido su lugar/ y es ya sólo historia que con orgulloso esplendor camina,/ historia secreta y bella, raíz de culturas, un antiguo trozo de Roma/ que en una escalinata parece que asoma, y la Cataluña/ sabia y vieja”. Así lo dice el poema, y así ahora de nuevo lo siento: Cataluña, tierra, lengua, mar, país. Historia, palabra y cultura. Un hombre de Derecho es un hombre de cultura, y podría explicarnos mejor que yo –que, aunque lo he ejercido y enseñado, ya que he sido años profesor de “Historia del Derecho” de la UNED- lo que quiero decirles ahora, pues a la fuerza y entre tantas letras lo he de tener algo olvidado.

Un hombre de Derecho es un hombre de cultura, y el Derecho es cultura, y más lo es y lo ha sido en Cataluña, donde ha distinguido y definido su identidad, y la ha dotado de una personalidad propia, que es la de un derecho pero a la vez también la de una cultura, pues el derecho indica y es la singular manera en que un país se enraiza en la cultura. Define y vertebrata esta cultura. La sostiene, la constituye. Y este particular modo y personalidad singular del Derecho catalán ha hecho de Cataluña un país de personalidad propia y distinta, y dotado de unas largas raíces que lo anclan en Europa, y de un especial modo. He hablado de Grecia, pero Cataluña es también Roma. Era Roma, directamente, y de un modo singular. Antes de la compilación de Derecho civil catalán, podía alegarse directamente fuentes romanas, del Derecho romano, en los casos de derecho catalán, y ganarlos con ellos. Roma estaba viva todavía, y directamente, en los tribunales catalanes. En el derecho catalán. Con la compilación siguió estándolo, claro, pero ésta sistematizó el Derecho aplicable, cuando antes de ella, como digo, Roma podía alegarse y aplicarse en cualquiera de sus innumerables textos y fuentes. El derecho catalán era aún el Derecho romano, o en el derecho catalán estaba aún vivo el romano, y no como una inspiración o ascendencia, sino directamente y tal cual era, ya que así resultaba aplicable. Así era en esta “Cataluña sabia y vieja”, como dice en mi poema, y que era Europa y Europa antigua, y en ella estaba anclada, en ella viva, y así Roma y Grecia a cada paso asoman, y lo hacía Roma en el Derecho, pues sus normas y textos aun estaban aquí vigentes. Como todos sabemos, el derecho catalán tiene otras particularidades que lo distinguen. Entre ellas, el mayor respeto hacia la consideración de la mujer, y que procede de la mayor influencia del derecho canónico y de la iglesia en su derecho. Así que, cuando hace algunos años se debatía la cuestión de las raíces cristianas de Europa, que las tiene, podríamos haber dicho que en Cataluña era especialmente claro que las tenía y que estaban, como podría verse en su Derecho. Las personas de vecindad civil catalana se casaban y se casan por el régimen de separación de bienes, y por ello la mujer que tenía fortuna y se casaba en este régimen seguía siendo dueña y señora de ella, como no pasaba en el resto de España, donde necesitaba la venia marital, es decir, la autorización del marido para disponer de cualquier cosa, aunque fuera algo mínimo y el patrimonio fuera suyo. Estos casos en que la fortuna en un matrimonio era de la mujer, pero necesitaba del permiso del marido para disponer de ella, daban lugar a toda clase de chantajes y de abusos. Así era en toda España y su derecho común. Sólo en Cataluña la mujer estaba tratada en un plano de igualdad. Hemos visto las razones, las raíces y las fuentes, aunque Pi i Sunyer decía que esto era así porque los catalanes somos unos caballeros. Era una de sus frases célebres y que se complacía en referir mi padre, junto a alguna otra, como ésta que también a veces

recordaba con gusto y a mí también siempre me ha agradado especialmente: “Dicen que el que calla otorga, pero yo pienso que el que calla no dice nada”. Es mucha verdad.

Italia y Francia

He leído algunas de las palabras que dije aquel día de marzo de 1999 en la Maison de l'Europe de París, y que nos han llevado a mi formación e inicios de poeta. Aparecía en ellas Europa como mi casa. Y, de hecho, éstas fueron mis primeras palabras ese día: “Señoras, señores: Sólo empezar a hablar, y tras darles las gracias de manera adelantada por su atención, quiero decirles que tengo el gusto de hacerlo en el lugar que más me puede hacer recordar aquel leit-motiv que Yorgos Seferis reitera en mayúsculas pequeñas a lo largo de uno de sus poemas: “THIS IS THE PLACE, GENTLMEN! Pero puede parecer o hasta quizá ser un golpe de efecto, y les pido por ello que lo olviden. Porque, aunque sea cierto, hay algo que aún es más verdad. Esto es que Europa no es nada, o –lo que es lo mismo– Europa es estar siempre en casa”. He querido reproducirlas, y también quiero hacerlo con otras que dije más adelante: “El escritor catalán Salvador Espriu, que incluyó en su último libro el poema “M’han demanat que parli de la meva vella Europa”, dejó escrito en una de sus obras de juventud, con elegancia y sorna, que en Cataluña la gente leía en los periódicos las cosas que pasaban en el país oficial. Así puedo decir que leo yo las noticias de Italia y Francia. También son mi país, y alguien, de un modo un tanto idiota, les ha puesto estos nombres oficiales, igual que al mío España”. Europa, como casa, como lugar en que se está en casa, se concreta aquí, y son sobre todo Italia y Francia. Diez años después, en 2009, cuando volví a escribir poemas tras veinte años de silencio, escribí un poema en el que resulta obvio que quien lo escribe es la misma persona y el mismo poeta que esas palabras dijo, pues el mismo sentimiento que expresó entonces ahora en el poema dice. Será mejor leerlo, y así lo hago:

ITALIA Y FRANCIA, LA ESPADA Y LA CAMPANA,
lugares donde respirar y donde estar,
más exactamente: estar en casa.
Viajar es siempre falso. No se viaja.
No escapa uno de sí mismo
ni encuentra nada que no esté ya en sus adentros
ni habrá lugar en que le esperen misterios
sino estaba ya para ellos predispuesto.
Viajar no es nada. No se viaja.
Dentro de uno mismo la vida ya se cumple
y se realiza. El adentro es embrión,
es latido, es semilla. Tierra única.
Más Italia y Francia y el Mediterráneo
antiguo y libre (porque el mar es siempre libre)
y el amor y los veranos y los tiempos que recuerdo
como infancias todavía respiradas
en el libre aire de la noche
que no aúlla. Italia, Francia, el amor,
tu alma y tu cara. Por encima,
debajo, sobre, siempre en las palabras.

Puede haber circunstancias familiares que expliquen y hagan ver como muy cierta y verdadera esta vinculación que siento con Italia y Francia. Mi primer apellido es genovés, y el segundo francés, un apellido francés del sur. Formo parte de la comunidad italiana histórica de Barcelona (que la hay, igual que hay una francesa), y, además, tengo primos hermanos romanos, con los que he pasado los veranos de la infancia y niñez aquí, en Cataluña, en la vieja masía de mis abuelos, y por esto he oído el italiano en la infancia y forma parte de mis recuerdos, y ha sido uno de los idiomas que he escuchado siempre en casa. Pero, además de estas razones personales y familiares, creo que hay una comunidad natural de cultura entre estas lenguas y tierras, y que ciertos autores y obras podrían ejemplificarla. Y pienso en Foix y su gran poesía, y la creación de lengua, del catalán que con ella llevó a cabo, los caminos que para ello escogió y cómo por ellos la representa. Pero quiero que veamos de qué situación partía, porque fue la que le decidió a tomar el camino que emprendió para elaborar esta lengua en que quería escribir y escribió, y qué concepción de cultura había tras ella. Pere Gimferrer ha señalado que Foix quería escribir como si Cataluña hubiera sido un país libre y su lengua no hubiera sufrido una larga decadencia, y por y para ello quería que su catalán enlazara con el catalán medieval, lo continuara y viniera, bebiera de él. Era un deseo valiente y osado, o arriesgado en el resultado que podía producir –pero que logró y fue espléndido– pero que a la vez podemos pensar que era natural para un escritor que escribiera en catalán tras esta larga decadencia, y tuviera conciencia de la lengua con que se encontraba y del esplendor de la de entonces. En otro gran escritor catalán, Josep Pla, podríamos encontrar un juicio que refrendaría esta conciencia, y que expresa al comentar su lectura de Jaume Roig. Dice Pla: “La riquesa de lèxic, l’adjectivació infal.libe, el coneixement de la llengua de Roig, són un prodigi –un prodigi en certa manera desagradable, perquè posa de manifest la precarietat i pobresa de la llengua actual”. Y por esto, por esta causa Foix quería enlazar con el catalán medieval, pero no sólo con él, ya que no quería nutrir la prodigiosa, casi mágica lengua en que iba a escribir sólo de él, y así esta lengua merece los adjetivos que de ella he predicado, y le resultan muy justos. Foix creía, como he señalado, que las fuentes de su lengua eran el catalán medieval pero también el provenzal y el toscano, como se ve en las citas en estas tres lenguas que preceden a los sonetos clásicos y perfectos, pero a la vez y en esa perfección revolucionarios, de *Sol, i de dol*, y ello explica, sí, su catalán riquísimo, e, igualmente, que su obra sea también una creación de la lengua, la aportación mayor a su lengua, al catalán, que se ha realizado desde la creación, y que es casi una fundación (o refundación del mismo), pero no una invención. Porque estas fuentes de las que se nutre y con las que se conforma son ciertas, son una verdadera realidad de cultura y no una idea particular de Foix, y así lo sentimos al leerlo como algo natural y disfrutar de su catalán recio y fuerte, rico y viejo, antiguo pero de nuevo vivo, y de un modo natural, como por ser naturales y ciertas esas fuentes permitían: es un catalán natural y renacido, pero no un experimento singular, y que responde a una concepción de cultura que comparto. Como consecuencia de ser su obra a la vez una alta e impagable creación en su lengua, y aportación a ella, Foix resulta intraducible. Suele pasar en los poetas que están más enraizados en el corazón de la lengua, y en sus entrañas, y vemos que Foix es un caso en que esto se da de modo singular, ya que se adentra en ellas y desde esos adentros la reescribe, y funda nueva. Cuando le concedieron en Madrid el primer Premio Nacional de las Letras Españolas se alzaron entonces voces que aseguraron que el poeta no lo aceptaría. Porque él había escrito en catalán como si Cataluña hubiera sido un país libre, y así en verdad no dejó de hacerlo, pero a la vez lo hizo durante una dictadura que lo humillaba y lo prohibía, y estas voces decían y sustentaban la posibilidad de esta renuncia con el argumento de que este premio se lo concedía el

mismo estado que le había impedido publicar en catalán durante décadas y obligado, por ello, a dejar de colaborar en la prensa (como hizo activamente durante la República) y a llevar una vida apartada, oscura o secreta, según prefiramos. Pero, pese a habérsele impedido publicar en el idioma que manejó con insuperable maestría, el poeta aceptó el premio, ya que pensó, según comentó, que en ese momento de su vida debía desempeñar el mismo papel que ejerció Carles Riba, y que es el de la reconciliación hispánica. Fue una actitud moral ejemplar la que está en el fundamento de su decisión de ese momento, en aras de la concordia y reconciliación, y desde la alta representación que tenía y podía aportar para ello. Hay otras muestras de amor, convivencia y respeto entre las dos lenguas de estas tierras, y que podríamos encontrar en otros grandes escritores, como Salvador Espriu, quien conocía muy bien la literatura escrita en castellano, y el castellano en sí, y los estimaba mucho. Soy disciplinado, y el primer día del verano, en que para sentir que lo empiezo empiezo también a releer su poesía, lo hago por su primer libro, aunque no haga ninguna falta, pues no es preciso en un libro de poemas o una obra poética guardar un orden, porque la poesía y un libro de poemas, como el mar, son libertad. El Espriu que yo más quiero está más adelante, unos poemas más adelante, quiero decir. Pero soy ordenado, como digo, y leo este primer libro, que es misceláneo y variado, una reunión varia, como son muchas veces los primeros libros de larga composición y amplio conjunto. Hay poemas que siento más primeros y lejanos, pero en otros está ya Espriu, Espriu en sus virtudes y esplendor y que yo tanto quiero. Lo anuncian, está y se encuentra ya en algunos poemas, y entre los que así lo hacen se hallan precisamente los que dedica en recuerdo a poetas –y de lengua castellana (“Recordant Antonio Machado”, “A Rafael Alberti”, “Recordant Pablo Neruda”, “Recordant Miguel Hernández”)-, y aquí, en estos poemas hay y encuentro este homenaje en catalán a ellos, y un signo más de convivencia y reunión de lenguas. Es natural, desde la afinidad de las lenguas, y el modo en que en esta tierra conviven, lo cual hemos de ver como una riqueza y una posibilidad de cultura, o dos ventanas al mundo. Vivir es convivir, y una tierra en la que se hablan dos lenguas es una tierra privilegiada, como con un doble horizonte. Así es natural, y bueno, que haya estas muestras de convivencia, amor y respeto. Porque italiano, francés y catalán son lenguas que forman una comunidad de cultura, y han sido y podido ser por ello las fuentes en que escribió un gran poeta catalán, y que con su obra hizo una gran aportación al idioma. Pero el castellano también es una lengua románica, y por tanto una lengua hermana. Jean Cocteau afirmaba que un escritor debería tener sus lectores sólo entre las personas de su lengua, y quiero recordarlo porque me parece que es fundamentalmente cierto, ya que una lengua constituye una especial percepción y manera de sentir el mundo y también una manera única de decirlo. Pero quizá podríamos hacer una excepción entre las lenguas románicas y la natural comunidad que forman. Borges decía que los hispanoamericanos eran europeos en el destierro, e hizo o hacía una observación en la que se encuentra el sentir que señalo, y que es el sentir de un completo europeo. Borges escogió la *Divina Commedia* como lectura que le acompañara en el largo trayecto de autobús que hacía para ir a una biblioteca de las afueras, donde trabajaba. Parece que fueron el lugar y los momentos en que le fue deparada esa lectura, que le llevaron y llamaron a ella. Borges la leía en italiano, y luego censuró a su traductor al castellano que hubiera realizado esta empresa, es decir, que hubiera traducido la *Divina Commedia* al castellano, porque esto fomentaba la superstición –falsa- de que castellano e italiano eran dos idiomas distintos. Puede calificarse de “boutade”, habrá a quien así se lo parezca o quiera verlo, pero personalmente creo que no se puede menos que reconocer que –como pasa con muchas de ellas- encierra una verdad. Porque lo cierto es

la profunda cercanía y hermandad que nos une a otra lengua románica, la gozosa semejanza que percibimos en su manera de sentir la realidad.

En una de las notas finales en que Espriu escribe diversos comentarios a algunas de las prosas de *Les roques i el mar, el blau*, otro de los libros de mi adolescencia, leo una aseveración que concuerda con la que refería Borges, expresa el mismo juicio y sentir que hay en ella y los refrenda. Dice Espriu: “A “Dànae”, es parla amb gran candor en dialecte venecià. Tot el que és diu, que és molt clar i que ara no passem al nostre vernacle per no ofendre la intel·ligència de ningú, s’apuntala en la gran autoritat literària de Goldoni, espigolant-lo d’aquí i d’allà”. Y, desde la autoridad de Espriu, y su catalán tan alto, me llega o encuentro una nota en este libro que hermana otra vez Cataluña y Grecia que apuntala el juicio de Borges, y es, de hecho, el mismo, o a él podemos unirlo, ya que Espriu asevera la misma hermandad entre veneciano y catalán que la que indicaba Borges entre italiano y castellano. A través de las innecesarias traducciones entre estos idiomas que son una misma lengua o al menos, seguro, las lenguas de una misma cultura y que por tanto los miembros de ellos entendemos y no nos es necesario que nos las traduzcan, ya que esto sería ofensivo, o es, si se hace, digno de censura. Así lo decían y dicen Borges y Espriu, cada uno a su manera y a la vez desde una singular agudeza, que es con la que expresan una verdad y realidad de cultura. Que los poetas dicen. Dos grandes poetas de estas costas de América y de Europa. En catalán escribe uno, el otro en castellano. Y lo mismo sienten, lo mismo dicen.

Un país más cierto y verdadero

Hay personas que pueden encarnar esta realidad de cultura, engarce y comunión de ambas, en su persona o en sus obras, como puede serlo Foix y he explicado, y a mi manera creo que también podría encarnarlo yo, modestamente, por otras pero también ciertas razones. A veces una realidad de cultura se hace presente de una manera más patente en un artista, en su vida y sus creaciones, sus raíces y filiaciones de cultura, y es natural y puede por ello ejemplificarla. La utilidad de los artistas y del arte, pese a lo que puedan pensar ciertos practicistas, a veces es manifiesta, como lo es ahora. Pero creo que no hace falta ser poeta, escritor o artista, para tener este sentimiento de comunión y pertenencia a esta comunidad de cultura y a sus lenguas y a sus tierras, sino que es un sentimiento que pienso puede tener y es natural que tenga también todo catalán con sensibilidad de cultura. Podemos dar ejemplos y nombres, personas y rostros que encarnen este sentimiento de un país tan viejo.

Cataluña también tiene sur, y es Sicilia. Porque Sicilia es Cataluña, como lo es Nápoles. Nadie cabal negará que desde un punto de vista histórico y moral es así, y también lo es desde un sentir natural. Recuerdo que, cuando hizo su curiosa y tardía aparición en las letras Gesualdo Bufalino, que revelaba un escritor oculto y una vida de escritor callada y ejercida con discreción y en silencio, casi en la querida clandestinidad, de la que tanto tendría que decir y con la que tanta afinidad puedo sentir y aún más sentí entonces, en mi juventud, nos llamó la atención. Digo “nos”, porque me la llamó a mí pero también a mi padre, quien hizo esta observación de modo espontáneo y natural, y es que Bufalino debía ser una italianización de Bufalà, apellido, como sabemos, catalán. No lo sé. Pero puede ser. Porque nuestras tierras se cruzan, y se cruzan en sus lenguas, y en estos cruces permanecen y pueden rastrearse. Igual que mi segundo apellido es francés pero está castellanizado (o catalanizado, según se pronuncie), y con él mi tío bisabuelo, el

Marquès de Balanzó, publicó en 1923 y 1924 una traducción en verso y prosa de la *Divina Commedia* al catalán, el del escritor siciliano podría ser catalán y estar italianizado. Por supuesto podría ser así, pero, por encima del rigor o la veracidad de esta observación de mi padre, la recuerdo no por su exactitud –que no me voy a molestar en ni deseo averiguar, ni él tampoco se hubiera preocupado de ello- sino por el sentimiento natural que expresa, y es el de la pertenencia a un país o una comunidad de cultura que es un país difuso y más cierto que el que dibujan las fronteras de los estados, que tienen tanto de artificio y son consecuencia a veces del azar o casualidad que se ha dado en un momento en el devenir histórico y así las ha creado, pero que de haber sido las circunstancias o decisiones otras hubieran podido ser distintas, y este país más cierto y verdadero, más profundo y más real, es un sentimiento y se siente adentro, y sentimos que es a él al que pertenecemos, como digo en un poema que quiero leer que Europa “está en mi sangre” y “es lo que soy, lo que entiendo”. Y, en ella, este país, esta comunidad de cultura y de diversas lenguas hermanas que conviven y se cruzan y son formas del latín, son en su raíz aún una lengua, y por eso podemos hablar de una manera de sentir y percibir el mundo que está detrás de ellas y tiene mucho de común y en ellas se expresa, en los latines de estas costas, esta comunidad de culturas y de lenguas y este país histórico, más cierto y verdadero que el que delinean las fronteras de los mapas impuestos y escolares y es el que sentimos dentro, y por el que sentimos que Sicilia es Cataluña y nuestro sur, como podría serlo para otra persona Andalucía, y este sentimiento asoma y puede verse como expresión natural en el comentario espontáneo de mi padre, en el que destaco y quiero ver sobre todo esto, y no ahondar ni dedicarme a investigar este caso concreto. Porque en este podría resultar no serlo, aunque el instinto inmediato suele dar en lo cierto, pero en tantos otros sí lo sería. Hay un libro del Marquès de Vallgornera, titulado *La nobleza catalana en Sicilia: una epopeya del Mediterráneo* y que estaría bien que alguien leyera. Hay tantas cosas. Tantos nexos de unión, una misma sangre y una historia común, unas lenguas que son formas de una misma y antigua lengua y un mismo mar el que baña estas tierras, y que hacen que sean en el sentir una misma tierra y un mismo país, y lo sean de verdad, de una manera más profunda y cierta que lo que pueda ser ninguna otra que haya sido impuesta. Es el país real y no oficial, un país viejo y cierto y rico en su cultura y en sus lenguas, en su diversidad de acentos y miradas y palabras y a la vez en la comunidad que constituyen y ejemplifica su mismo mar, el Mediterráneo de Ulises y de los griegos, el mar que podemos seguir viendo color de vino como en los hexámetros de Homero, y que llevamos en la sangre, y tenemos dentro y sabemos verdadero, y a veces aparece de manera espontánea en un comentario o en un gesto, en una actitud ante la vida, en un pensar.

Quiero ejemplificar este ensamblaje y unión de culturas que conforman el sustrato de este país más hondo y verdadero en otro escritor, que es Albert Camus. La frase “La libertad es un don del mar”, que tanto quiero y he citado y cité también hace tantos años en esa ocasión en París, es una frase de Proudhon con la que él cerraba uno de sus *Carnets*. Allí la encontré, y por ellos la sé. Por Albert Camus, que era menorquín, de ascendencia menorquina (su abuela, exactamente) y extracción muy sencilla, los menorquines que emigraban a Argelia. Camus era argelino, un hombre de África, pero el África que es también Mediterráneo, como su Menorca de origen, y por tanto un hombre del sur, de la Europa del sur, y más en concreto de este país de cultura que hay en ella y sentimos en la sangre y es muy cierto y trazo ahora en sus diversos territorios, y escribió y dio su visión del mundo de europeo del sur y hombre del Mediterráneo en otra de las lenguas de este mar, el francés, que fue la suya y en la que se crió por el

resultado de avatares históricos y circunstancias familiares, detalles que son a veces los que deciden que una de estas lenguas de nuestro mar sea nuestra lengua materna y en la que nos hablaron cuando niños, aunque también sus otras lenguas sean nuestras y creo que debamos o podamos sentir las como propias, o así yo lo creo.

Europa. América

Me ha gustado citar esta intervención en la Maison de l'Europe de Paris, de hace tantos años, porque la recibí con pareja alegría con la que he recibido la de ustedes, y porque me suscitó decir cosas semejantes a las que les pueda decir hoy, ya que no en vano soy el mismo, como persona y como artista. Hablé allí de Italia y Francia como mis patrias, y de Cataluña, pero era la Maison de l'Europe y Europa toda está en mi sangre y mis palabras. Así, Europa está en mi sangre, empieza un poema de este libro, y lo empleó como título de una entrada de su Cuaderno de Bitácora el 26 de diciembre de 2011 el poeta, escritor, historiador y humanista en el más amplio sentido Víctor Manuel Arbeloa, que fue también, como sabemos, el primer presidente del Parlamento de Navarra de la democracia y eurodiputado muchos años. Quizá por eso supo comprenderlo y apreciarlo, y decía así: “Ahora que Europa no parece significar para muchos más que primas de riesgo, planes de recortes y disciplina de presupuestos, alivia y emociona leer poemas como el de Santiago Montobbio en el libro que ya cité hace unos días”. Allí se encuentran muchas cosas, o sentires, o pensamientos, que podría decir también en prosa pero que como están ya en ese poema me gustaría leerlo, como invitaba a hacerlo en su cuaderno Arbeloa. El poema dice así:

EUROPA. ESTÁ EN MI SANGRE. ITALIA Y FRANCIA
en mis primeros apellidos. Pero no sólo Italia
y Francia: Europa toda, el brumoso norte y la tierra eslava,
la vieja centroeuropa, Inglaterra, Escocia, Alemania, el Mediterráneo
más recóndito y primero de Albania, donde las tres culturas aún alientan,
y nuestra madre Grecia. Europa. Tierra pero también espíritu,
leyenda, una comunidad natural de corazones y respiros,
una fuerza, quizá un destino. Europa está en mi sangre,
en mi sangre me llama, la puebla y la convoca,
en sus latidos, en su curso. De ella soy, a ella siento
en esta Barcelona vieja que en Europa es modesta
pero en ella se ovilla, y la atraviesa. Cataluña
también antigua y cierta; España valiente y triste,
como un fruto de sí misma desprendida
y desparramada por el mundo. Europa. Tantas
historias, tanto arte, tiempo, belleza y palabras.
A Europa en cada golpe de la sangre siento.
Hacia ella voy, ella me llama. Es lo que soy,
lo que entiendo. Es exactamente
adonde pertenezco.

Como vemos, aparecen, ya al principio, Italia y Francia, y del modo en que están en mí y hemos visto: en mi sangre y mis apellidos. Y Europa toda. Y nuestra madre Grecia, como se le llama, y que como sabemos para mí y contra lo que es común en España, según Cernuda, así lo ha sido, y desde la adolescencia, y bajo su clara sombra –por emplear las bellas palabras de Octavio Paz- he crecido. Y aparece Europa como

sentimiento y como destino, en su vocación universal, raíz de culturas y fecundadora del mundo. Se habla, así, y en concreto, de Barcelona, de Cataluña, de España. Es por esta vocación de abrirse y fecundar el mundo, de ser puente y avanzadilla además de cuna de la cultura, y cruce ella misma de diversas culturas y países, y de tierras y países con sentires y maneras de ver el mundo propios y distintos, por lo que siento que también aquí podría decir la expresión que Seferis emplea en uno de sus poemas y referir al empezar a hablar en la Maison de l'Europe de París y sentirla igualmente y aún más justa para decirla aquí: THIS IS THE PLACE, GENTLEMEN! Busco el poema de Seferis y encuentro un detalle que me parece revelador y significativo, y es que ésta es la inscripción que se encuentra a veces en lugares de Jerusalén. Lo refiere así Seferis en una cita que hace de epígrafe previo al poema: "A veces puede verse en capillas construidas en emplazamientos legendarios la correspondiente cita del Evangelio escrita en inglés y debajo: "THIS IS THE PLACE, GENTLEMEN!" (Carta a Estratis el Marinero desde Jerusalén, 22 de julio 1942)". Este dato es un hallazgo, porque no lo recordaba, y un hallazgo que ilumina y cobra el mayor sentido al hablar de cruce de culturas, y que al así hacerlo aparezca, traída desde Grecia y uno de sus poetas, Jerusalén, que es también cuna, fuente. Y recuerdo también que en otro poema, en este caso de Luis Cernuda, y que me viene a la memoria por las palabras que estoy escribiendo y que está dedicado a Mozart, se nos dice: "Si alguno alguna vez te preguntase:/ "La música, ¿qué es? "Mozart", dirías,/"Es la música misma", para más adelante proseguir: "Mozart/ Es la gloria de Europa, el ejemplo más alto/ De la gloria del mundo, porque Europa es el mundo". Me viene a la memoria porque estas palabras hablan de la apertura de Europa al mundo, de su destino fecundador y abierto, y me alegra que el poeta andaluz una Europa a Mozart, porque no hay lenguaje más universal que la música, y como europeos esta vocación tenemos, o al menos yo sí tengo y siento.

Por esto siento similar alegría que ante la invitación de la Maison de l'Europe, y puedo por esto decir también aquí, con igual o más fundamento, que el hablarles en la sede de la UNESCO de Barcelona me hace sentir y poder decirles: "THIS IS THE PLACE, GENTLEMEN!" Sí: éste es el sitio donde hablar de mi poesía y de mi vida – expresiones de amor ambas-, que son y nacen de Europa pero desde ella se dirigen al mundo, escrita en una lengua que habla un continente y tiene raíces tan largas, porque es aún el viejo latín, el latín de estas costas, como lo hace también Europa, que es una llave y una puerta, una puerta abierta al mundo, o así quiero verlo y deseo que sea. Así quiero yo Europa, y así el arte y mi poesía, como un entendimiento y disfrute para todos, y un acervo común que compartir, y que el cruce y sedimento de culturas que hay en ella y sus países, como el nuestro, Cataluña, sean invitación y ofrecimiento al mundo todo, y por esto como catalán y como europeo me siento y quiero ser ciudadano del mundo, como se decía antes y es expresión que se ha olvidado y no se emplea y me parece que encarna un deseo sabio y justo, y que puede y debe sentir un europeo. Es también por lo que siento que esta asociación de Amics de la UNESCO de Barcelona es mi casa, porque se preocupa y tiene como empeño el entendimiento entre culturas, y estas conferencias a las que se me ha invitado son una Altavoz de las culturas, subtítulo con acierto: conferencias sobre diversidad e integración cultural. "Desde la poesía se puede pulsar el mundo", se lee en uno de mis poemas, y desde la poesía, en ella y en la trayectoria, formación y vida de un poeta puede ejemplificarse esta diversidad e integración, esta amalgama y cruce de culturas, y lo fructífera que pueda resultar y resulte, que resulta y se ve en los frutos que da, que son sus poemas, su poesía, que se nutren y nacen de este cruce de culturas y de lenguas que lo forman, con que se hace. La poesía, así, puede ser un entendimiento del mundo y un modo de

decirlo, y resultado y fruto de una unión de diversas tradiciones de cultura, un arte híbrido en sus fuentes, con diversos orígenes y varias, largas raíces, que en él conviven y lo nutren, lo hacen posible. Lo dan. Como un poema o una fruta. Así puede verse la poesía de un poeta, y una vida de poeta, que es vida de amor y de cultura y se cifra en su poesía.

La literatura es la lengua en que se escribe, aunque una cultura no es sólo la lengua, o también, y más exactamente, una cultura puede tener y decirse en más de una lengua, como veíamos. Sí, esto es también cierto. Pero es fundamental la lengua en que se escribe, y por esto he sentido siempre como propios a los poetas hispanoamericanos, con los que también me he formado: así, además de los catalanes y los neogriegos (algunos de los cuales he leído en catalán, y no sólo Seferis, pues también leí a Kavafis en esta lengua en las versiones de Carles Riba), a los del 27 y también en castellano habrá que añadir a los grandes poetas hispanoamericanos. Porque también con ellos me he formado. Y también ellos escriben en el latín que hablamos en estas costas, y, en este sentido, sus costas son también las nuestras, pues sus lenguas las hemos llevado allí nosotros, desde Europa. América, sus lenguas. No sólo sus lenguas, también su identidad. Por esto hay también un poso común y una identidad que subyace tras los países oficiales y las fronteras formales que por circunstancias podrían haberse concretado de otro modo está dividido el Mediterráneo y forman, como he dicho, una comunidad de cultura, que viene de Grecia y Roma y tiene tan largas raíces y a la vez éstas están, siguen tan vivas, como por ejemplo y en especial en Cataluña.

Estoy refiriendo con convicción una realidad de cultura, y es que yo soy un europeo del sur, del Mediterráneo, y también lo son –pienso o recuerdo ahora- los poetas del 27. ¿Qué cantan los jóvenes poetas andaluces de ahora? fue la pregunta y un verso célebre de Alberti a su regreso, y lo cierto es que ellos eran los jóvenes poetas andaluces de entonces, pues la mayoría, casi todos los poetas del 27 eran andaluces, y Andalucía es también el sur y es el mar y es el Mediterráneo, y una de sus puertas y lugares más emblemáticos Cádiz, tierra de Alberti (que es, por cierto, otro poeta de apellido italiano que escribe en castellano), y en Málaga se dieron a conocer, en los suplementos de la revista “Litoral” que allí dirigían Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, los primeros libros de estos poetas. Málaga, a la que Vicente Aleixandre llamó “ciudad del paraíso”, y Cádiz, puerta del Mediterráneo, y también y por ello mismo puerta de América, puente hacia ella. Y por esto Cádiz, como se ha dicho y sabe, anuncia América, la recuerda, y parece que puede ya en ella respirarse. De mar a mar y de tierra a tierra, España se prolonga en América, y no sólo en su lengua, sino también en su arte y la atmósfera y el ambiente que crea. Así recuerdo el agrado que sentía Cernuda, y cuenta en las bellas prosas de *Variaciones sobre tema mexicano*, al encontrarse en ella, en México, con elementos que le recordaban su tierra, su Andalucía y su España, como el barroco de las iglesias y otros que le hicieron su estancia más agradable allí por sentirse en casa, o casi en casa, después del exilio gris y triste en Inglaterra, cuya civilización admiraba y de cuya literatura aprendió y se nutrió tanto, pero cuyas gentes le resultaban distantes, y la vida por ello difícil, e inhóspita. Y más amable, o grata, o agradable, la encuentra otra vez en México, en América. Porque allí encuentra a España, o le recuerda a España, esa España en la que América continúa y parte de Cádiz, y por esto esta realidad y estas impresiones de Cernuda (son dos cosas, y las dos verdad) recuerdo ahora. Y pienso, al recordarlo, que en este sentido, por esta unión que se constituye a través de diversas sensaciones y que son un matiz de identidad y de cultura que nos une y nos amalgama, por diversos aspectos de historia y de cultura y de arte, y muy

especialmente por la unión que a ella nos vertebra por la comunión de nuestras lenguas –el castellano, claro, pero también el portugués y el francés-, América es también el sur y Europa y también las dos cosas, es decir, el sur de Europa, y sus hombres hombres del sur, europeos en el exilio, claro, pero del sur de Europa. Como los poetas catalanes que quiero o la mayoría de los poetas del 27 o los poetas neogriegos de la generación de 1930 o como yo. Yo mismo, como poeta, y en mí y conmigo, junto a mí los poetas con que me he formado: europeos del sur, hombres del Mediterráneo, hombres libres, como ese hombre libre que Baudelaire une al mar –“Homme libre, toujours tu chériras la mer”- y abre *Marinero en tierra*, el título de Alberti que sirve para definir al poeta y es el poeta de algún modo siempre, si lo pienso en los términos en que estoy definiendo su actividad, la poesía, a través de estas palabras, es decir, como la palabra del mar. Porque el poeta es siempre, de algún modo, marinero en tierra. En el exilio que siente en el silencio y cuando no escribe (pero en el que la poesía se gesta y madura, porque la poesía es semilla), y en el mundo mismo. Cernuda afirmaba que al poeta podía decirse lo mismo que a Cristo, porque su reino no es de este mundo. O también, como ahora pienso, al sentir y elaborar la poesía –como en el título de mi libro- como un fondo de agua marina, que podría igualmente decirse marinero en tierra, como tantas veces en efecto creo que así se ha de sentir. Pero marinero igual, marinero siempre, aunque en tierra. Hombre de mar, y hombre libre.

Santiago Montobbio

Amics de la UNESCO de Barcelona

Barcelona, 18 de octubre de 2012